

UN ARTICULO PERDIDO DE ANTONIO MACHADO

Organizado por la Asociación de Alumnos de la Escuela de Estudios Superiores del Magisterio, se celebró en el Ateneo de Madrid durante el mes de febrero de 1913 un curso de conferencias pedagógicas, del cual formaba parte la pronunciada el día 20 por don Manuel Bartolomé Cossío sobre «Problemas actuales de la educación nacional». Los otros conferenciantes fueron Rafael Altamira, Rufino Blanco y Eduardo Vincenti.

La palabra *austera* y *vigorosa* de Cossío encontró amplio eco en la prensa madrileña. A su juicio, el problema crítico de España podría formularse con esta pregunta: «¿Tenemos lo suficiente para satisfacer las necesidades de la enseñanza, estamos en camino de poder enseñar a leer?» La respuesta fue terminante. No sólo faltaban maestros y escuelas, sino además el material adecuado para la enseñanza. Pero no radicaba exclusivamente en esto el problema; no bastaban la escuela y la despensa. A los dos principios básicos de la ignorancia y la pobreza, debería añadirse también el de la inmoralidad pública. «Y no es que hayamos perdido la fe en las ideas, sino en los hombres que las encarnan».

La solución del conflicto parecía exigir el esfuerzo de hombres nuevos. Convendría utilizarlos, en el supuesto de que existieran; si no los hubiese, tendrían que ser formados al contacto con los grandes ideales de un medio cultural superior. «De ahí la gran virtud de lanzar a las gentes a la europeización». En relación con el alumno, el problema radicaba en el extenso analfabetismo, sobre todo en las zonas rurales; sería preciso por ello gastar fundamentalmente el dinero del Estado en las últimas aldeas y enviar a sus escuelas los mejores maestros. Con relación al maestro, el problema estribaba en su formación; para perfeccionarla, habría que romper todo lo petrificado y escolástico, las fórmulas cristalizadas, y poder así acabar de una vez con el fetichismo pedagógico.

Por las fechas en que el ciclo de conferencias se desarrollaba en Madrid, Antonio Machado residía en Baeza, a donde había sido trasladado como catedrático desde Soria por una Real Orden de 15 de octubre de 1912. Acababa de morir Leonor, y de su compleja situación de ánimo nos da clara idea la carta dirigida entonces a Juan Ramón Jiménez: «Cuando perdí a mi mujer pensé pegarme un tiro. El éxito de mi libro [*Campos de Castilla*] me salvó,

y no por vanidad ¡bien lo sabe Dios! sino porque pensé que, si había en mí una fuerza útil, no tenía derecho a aniquilarla. Hoy quiero trabajar, humildemente, es cierto, pero con eficacia, con verdad. Hay que defender a la España que surge, del mar muerto, de la España inerte y abrumadora que amenaza anegarlo todo». Dentro de la corriente de esta honda y sincera preocupación debe situarse el artículo que hasta hoy se hallaba perdido en la página segunda del número de *El Liberal*, de Madrid, de 5 de marzo de 1913. *

La vida de Machado en Baeza era en realidad la de un *exiliado*. Aquella «sombra misteriosa» de que hablará Alberti divagaba solitaria por los «trasmuros» de la ciudad, en frase de Juan Ramón, «ausente siempre de su tránsito monótono». Bien consciente era él de ese estado marginal de ánimo. Al enviar un poema para su lectura en la Fiesta de Aranjuez en honor de *Azorín*, el 23 de noviembre de aquel mismo año, no dudó en fecharlo así: «Desde mi rincón.—Baeza». Y no mucho más tarde —el 4 de enero de 1915— escribiría a Juan Ramón: «Yo sigo en este poblado trabajando lo que puedo, deseoso de volver a Madrid. Llevo ocho años de destierro y ya me pesa esta vida provinciana en que acaba uno por devorarse a sí mismo...»

La solución fueron la lectura y el estudio. Antes de salir de Baeza —en 1919— habrá podido Machado obtener, con las singularidades que pienso detallar en otro lugar, el título de licenciado en la Facultad de Filosofía y Letras de Madrid. Ya en la convocatoria de setiembre de 1915 se examina como alumno libre de las tres primeras asignaturas de la carrera, que aprueba con la calificación de sobresaliente. A la misma época corresponden, además, el aprendizaje de la lengua griega, la sistematización de su «madura filosofía juvenil» —son palabras de Juan Ramón— y, según vemos en el artículo aquí exhumado, una persistente inquietud por los problemas pedagógicos; mejor dicho, por el problema de España en conexión con la pedagogía, conforme al planteamiento regeneracionista de Joaquín Costa,

* Tan perdido se hallaba este artículo que, de no haber sido por la información facilitada por mí al actual director de la Biblioteca Nacional, don Manuel Carrión, no habría podido figurar en la Bibliografía *exhaustiva* de Machado que estaba a punto de imprimirse cuando yo hablé con él.

y por lo tanto de la Institución Libre de Enseñanza, en muchos aspectos heredero del reformismo ilustrado del siglo XVIII.

No debe extrañar, pues, la resonancia que del pensamiento del apóstol aragonés se percibe en esta página traspapelada de Machado. Por otra parte, en febrero del mismo año se había cumplido y recordado en la prensa el segundo aniversario de la muerte de Costa. En *El Liberal* del día 10 pudo leerse, por ejemplo, un artículo del abate Ferri, titulado «Política quirúrgica», en el que se citaba una afirmación hecha poco antes por el doctor Ruiz Albéniz: «Los reclutas de la última quinta arrojaban un pavoroso contingente de enanos, raquíuticos y enclenques. Por cada hombre útil, uno inútil; en algunas regiones, dos inútiles por cada útil». Otra cuestión polémica planteada por Ferri, también implícita en la conferencia de Cossío, era la plaga del analfabetismo. A juicio suyo, «el sesenta por ciento de los españoles son analfabetos».

Parece indudable que a nuestro poeta, muy sensible en aquel tiempo a los avatares de la política, tuvo que herirle en su propia carne este conjunto de problemas nacionales, a la vez que otro tan directamente relacionado con ellos como el caciquismo. Precisamente, en Osuna había celebrado el 2 de febrero de 1913 el partido demócrata sevillano un gran mitin de protesta contra el «intolerable caciquismo» que imperaba en una provincia no sólo vecina, sino de características sociales parecidas a la de Jaén.

De ahí que todos esos factores, debidamente contrastados por un espíritu liberal renovador que agudizarían los años, pudieran haber movido la pluma de Machado al comentar la conferencia de Cossío en el siguiente artículo:

SOBRE PEDAGOGIA

Decía, en carta que dirigí hace ya tiempo a mi querido amigo el joven maestro Ortega Gasset, que, a mi entender, parte del estudio de la vida española caía dentro del dominio del «Folk-Lore», o, mejor, de un tratado de psicología campesina. Quiero hoy señalar este punto de vista, que no pretendo —¡claro está!— haber descubierto, a aquellos que se preocupan del problema pedagógico. A ello me anima la noticia de una conferencia sobre enseñanza de D. Manuel Cossío, quien, con profundo tino, ha indicado la conveniencia de enviar los mejores maestros a las escuelas del campo.

Los elementos dominantes en España son esencial y casi exclusivamente rurales. Una visión superficial de la vida española parece contener implícita la afirmación contraria. Clásico es ya el cuadro de la España que sufre y trabaja, arrancando con sudor

ei pan a la tierra, y sobre cuyas nobles espaldas viven unas cuantas colonias parasitarias de ociosos y mangoneadores. ¿Es esto cierto? Concedámoslo. Pero bien pudiéramos corregir el cuadro pintando, a nuestra vez, a este mismo campesino envilecido y explotado, luciendo pomposos y honoríficos disfraces y encaramado en las cumbres del Poder. La mentalidad española gobernante ha sido hasta hace poco —del porvenir no hablemos— una mentalidad de villorrio campesina, cuando no montaraz. Muy torpe será quien no vea en la política española el triunfo de ciertos núcleos de paletos, más o menos conspicuos, acaparando las funciones del mando, conquistadas por la astucia y la intriga, es decir, por la inteligencia práctica campesina, por la inteligencia carente de ideal. Muy torpe será quien no vea en la política española el triunfo de los defectos y virtudes del campo a través de un sufragio de analfabetos.

Mientras no se descienda a estudiar al hombre del campo, no acabaremos de explicarnos los más rudimentarios fenómenos de la vida española. De los dos elementos que nos empujan —no dirigen, porque no puede dirigir lo inconsciente—, que nos mueven o arrastran a un porvenir más o menos catastrófico, están ausentes las huellas de la ciudadanía. Ambos son campesinos. Estos elementos son la política y la Iglesia, o, por decirlo claramente, los caciques y los curas. En algunos casos los vemos confundidos en otros, diferenciados, a veces en pugna, pero siempre compartiendo el dominio, sobreponiéndose, dando el color, el carácter, marcando la dirección de la vida nacional. Si pensáis otra cosa es, sin duda, porque vivís en centros urbanos populosos, donde ciertas agitaciones parciales, más o menos profundas —generalmente menos— os impiden sentir la fuerza que infunde movimiento a la masa total. En vuestras naves clamorosas os movéis a vuestro antojo y sabéis la dirección de vuestros pasos; pero ignoráis la ruta del barco. Debo advertir que estos elementos citados no han de ser necesariamente despreciables; no se trata de combatirlos, sino de conocerlos; se les señala aquí a la curiosidad de los inteligentes, no al odio de los sectarios. Acaso en ellos se encuentren las virtudes radicales y los cimientos de una sólida pedagogía. Acaso... Pero vamos a lo que íbamos.

Es preciso enviar los mejores maestros a las últimas escuelas, ha dicho el ilustre pedagogo español. En efecto, si la ciudad no manda al campo verdaderos maestros, sino sólo guardias civiles y revistas de toros el campo mandará sus pardillos y abogados de secano, sus caciques e intrigantes a las cumbres del Poder y los mandará también a las Academias y a las Universidades.

Pero no basta enviar maestros; es preciso enviar también investigadores del alma campesina, hombres

que vayan no sólo a enseñar, sino a aprender.

Cuando afirmamos que España necesita cultura, decimos algo tan incontrovertible como vago, algo que equivale a proclamar la salud como una necesidad imprescindible para los enfermos. Que les echen salud a los enfermos, pan a los hambrientos y cultura a los analfabetos. Muy bien. Pero todos sabemos que el enfermo es algo más que la enfermedad, y que la enfermedad no es, sencillamente, falta de salud, sino algo que es preciso estudiar en el paciente: el microbio H o el bacilo B, dañando el pulmón o el intestino. También sabemos que el cerebro de un ignorante no es, ni mucho menos, una página en blanco. Atrevámonos a afirmar que tampoco hay una ignorancia, sino muchas, y que es preciso descender al ignorante para conocerlas. Añadamos también que no hay una cultura, sino varias, y que el cerebro más refractario a ésta pudiera ser ávido de aquélla. En suma, es preciso acudir al analfabeto, y no precisamente para medirle el cráneo, sino para enterarse de lo que tiene dentro. En este sentido únicamente —entiéndanme los demasiado advertidos— me atrevo a señalar el punto de vista «folk-lórico» de la pedagogía.

A esa labor de europeizar a España, tan insistentemente aconsejada por el egregio Costa, y que hoy tiene una expresión práctica y concreta en la Junta para ampliación de estudios, que manda al extranjero jóvenes estudiosos, hemos de darle su necesario complemento con esta otra labor, no menos fecunda, de los investigadores del alma popular. Esio parece claro y puede que no se entienda. No se trata de descubrir un camino, y mucho menos de indicar una ruta que excluya a las demás. No. Pasó la época en que cada doctor pretendía el privilegio de una droga única para curarlo todo. Tenemos jóvenes que van a estudiar a Francia, Alemania, Inglaterra. Muy bien. Por muchos que sean, nunca serán bastantes. Tenemos quienes investigan en archivos y bibliotecas españolas, con el noble deseo de desempolvar y sacar al sol nuestra cultura y nuestra Historia. Son pocos; hacen falta más. Pero, ¿quiénes son los investigadores del pasado, vivo en el presente, de nuestra raza? ¡Cuántos que pretenden arrancar secretos a las piedras de España han olvidado interrogar a los hombres!

Asistimos en literatura a un resurgimiento que se caracteriza por la tendencia a ponernos en contacto inmediato con la realidad española. El maestro Unamuno, Baroja, «Azorín», Valle Inclán, por no citar sino algunos de la gloriosa promoción del 98, han contribuido a formarnos una nueva visión de España, y ya se anuncia —digámoslo sin rebozo— un nuevo escalofrío de la patria. En la obra de estos escritores cuenta por mucho el elemento exótico; pero no olvidemos que una intensa y directa obser-

vación de la vida española constituye, acaso, su más alta virtud. Estos hombres, por cuenta propia y sin auxilio alguno del Estado, han recorrido, curioseado, estudiado y aun descubierto mucho ignorado que teníamos en casa. Se nos dirá que no han hecho sino contrastar lo de dentro con lo de fuera. Conformes. No es menos cierto que urge explorar el alma española y que la pedagogía puede seguir también este camino.

En una colección de artículos publicados recientemente por D. Miguel de Unamuno, bajo el título de «Contra esto y aquello», discurre el ilustre vasco sobre cuestiones de enseñanza, a propósito de un libro del argentino Rojas. En un trabajo titulado «La Argentina», dice estas parecidas palabras: La restauración nacionalista de que Rojas nos habla, debe empezar por la escuela, que será en la Argentina cuna de la «argentinidad», como debe ser en España cuna de la «españolidad». Esto parece evidente. Si las escuelas no han de ser ineficaces —y bien pudieran serlo aun duplicando su número—, han de servir para formar españoles. Pero, ¿sabemos nosotros lo que es o puede ser un español?

Baeza, Marzo 1913.

Responde fielmente el artículo a los principios del regeneracionismo noventayochista, del que pudiera ser considerado reflejo y en algunos aspectos paradigma *La moral de la derrota* (Madrid, 1900), de Luis Morote, pieza clave de la literatura del desastre. En uno de sus capítulos, de acuerdo con el pensamiento de Costa, se consideran ya la educación y la enseñanza como los problemas capitales de la regeneración de España.

El entronque de Machado con ese mismo espíritu deriva de su inicial afinidad ideológica con los hombres del 98, entre quienes incluye a Ortega, cuyo peculiar concepto del pueblo es también perceptible en el artículo. No importa que nunca se considerase adscrito a la «gloriosa promoción», ni siquiera en las mismas fechas en que *Azorín* acuñaba la denominación de aquélla y definía sus límites y características, en los cuatro artículos insertos en el *ABC*, en febrero de 1913, con el título «Tópicos del día. La generación de 1898». En rigor, siempre se limitó a reconocerse discípulo de sus figuras representativas. Lo hizo primero, aunque en forma implícita, en las reseñas publicadas sin firma, en julio de 1912, en *El Porvenir Castellano*, de Soria, y lo proclamaría al final de su vida, en el número 13 (8 de octubre de 1938) de la *Voz de España*, de París, donde se refiere con estas palabras a la presunta generación: «Soy posterior a ella. Mi relación con aquellos hombres —Unamuno, Baroja, Ortega, Valle Inclán— es la de un discípulo con sus maestros...»

Quizás ello le moviera en la ocasión que comentamos a marcar alguna discrepancia frente a los maestros, si bien de manera velada, a la vez que un claro disentimiento con la España oficial.

No debe olvidarse el momento histórico en que el poeta escribía. Después del asesinato de Canalejas, el 12 de noviembre de 1912, al hacerse cargo del poder tres días más tarde el conde de Romanones, uno de sus principales objetivos fue la conquista de los sectores intelectuales apartados del régimen. El éxito pareció coronar sus esfuerzos, al conseguir que Azcárate y Cossío visitaran el 14 de enero al rey. Aun cuando Azcárate acudiera en su calidad de presidente del Instituto de Reformas Sociales y Cossío como director del Museo Pedagógico, a nadie podía ocultársele que habían traspuesto los umbrales de palacio, por vez primera, dos de los más caracterizados representantes de las corrientes ideológicas liberal y republicana. Justamente, eran éstas las dos coordenadas del pensamiento de Machado, coincidente con la historia política de sus antepasados, ya que su padre y su abuelo, según recordaría en 1938, fueron también «republicanos fervorosos».

Tras de aquel paso, que pudo resultar decisivo para la monarquía, la cultura y el trono parecían hallarse bien avenidos. Incluso los redactores de *El Liberal* llegaron a pensar en la aurora de unos «tiempos nuevos». En el artículo de Machado, sin embargo, no sólo no hay el menor eco de ese gene-

ralizado optimismo esperanzador, sino que se trasluce por el contrario la preocupación ante el «porvenir más o menos catastrófico», advertido y configurado en un posible «nuevo escalofrío de la patria».

Bien claramente reflejan estas palabras un larvado y significativo presentimiento de los sucesos que se producirían en Marruecos no mucho después de la ocupación de Tetuán —el 19 de febrero— sin disparar un solo tiro. Aparte de algunas bárbaras agresiones aisladas, la reacción de las tropas musulmanas no surgió hasta finales de abril, cuando se lanza el primer ataque frontal sobre la zona de Melilla. Y a pesar de ello, Machado parece intuir mes y medio antes de los acontecimientos el germen de otro nuevo conflicto colonial, que desembocaría ocho años más tarde en un desastre de consecuencias políticas aún mayores que el de 1898.

De esta manera, su olvidado artículo «Sobre pedagogía» revela una actitud humana de meditativo interés por los problemas reales de España. Constituye, pues, una muestra inequívoca de la honda preocupación política en que vivía sumido el poeta.

Pablo BELTRAN DE HEREDIA

The University of Texas.
Austin, mayo de 1975.

Y nunca más la tierra de ceniza
de ~~la tierra~~ ^{grises polvosa} que Duero abrasa.
Oh, luna de linterna ancha y madura,
placeta del mirón, desierta plaza
con el sol de la tarde en mis balcones,
nunca os veí. No me pidáis presencias;
las almas huyen para dar consuelos;
olmo es distancia y horizonte; ausencia.
Mas quien os meche el apia melodía
con que disierte el corazón viajero
por estos campos de mi Andalucía,
y a sake manantial, cauce y reguero
del agua santa de la huerta mía.
111) Todas vías al mar, aguas del Duero y
Am. Corroba 1913.
Copiado 1924.